

EN EL RECUERDO

Luis Suárez Fernández

UNA tarde, hace ya algunos años, en Lisboa, con ocasión de la fiesta que a los participantes en el Congreso de Historia de los Descubrimientos se nos ofrecía, vinimos a encontrarnos, sentados en un rincón de la inmensa Estufa Fría, Florentino y yo. Ajenos a las diversiones, muy lusitanas, que se brindaban, aprovechamos la ocasión para charlar. Conocía a Florentino por sus libros, por su fama de historiador, esa especie de halo con que adornábamos a los hombres ya consagrados de una generación inmediatamente anterior. Pero nunca había hablado con él. Ese día comenzó lo que, para mí, sería un descubrimiento. Experimenté la facilidad que existía para salvar la distancia entre ambos. Y cuando nos despedimos, al final de la jornada, me dijo: «Tú y yo tenemos que ser muy amigos.» Y lo fuimos, en diversas circunstancias, de modo entonces impensado.

De Florentino había una primera faceta, la más comúnmente conocida, de historiador. Otra, no menos importante, la de político. Tenía la sinceridad profunda de confesar que la política le gustaba. Porque su humildad, como político, le impidió revestirse de ropajes de hipocresía. Por eso muchos no le entendieron. Política fue, en sus manos, un instrumento de servicio a los demás; pero no es mi intención tratar aquí de este aspecto, el que conocí peor de su amplia y rica personalidad humana. Historiador era de una pieza, especialista en los descubrimientos geográficos. Pero cuando se ahondaba un poco más, penetrando en la intimidad de sus investigaciones, se descubría que, en el fondo, fondo, el ancla echaba siempre raíces en la ribera del Guadalquivir. En Historia también, como en su vida, Florentino fue profundamente sevillano. Quizá eso le permitió entender, mejor que nadie, la carga emocional que se escondía tras los preludios del descubrimiento de América. Mientras que para los americanistas, como es lógico, el hallazgo era comienzo, para Florentino era meta.

Fue lo contrario del investigador egoísta, que guarda para sí, como un tesoro, los documentos encon-

trados y recela de cualquiera que pueda adelantarse. Fui testigo de más de un caso de sorprendente generosidad. Era el maestro que se siente obligado a dar la alternativa a los discípulos y abrir cauce a los jóvenes. Muchos no lo entendieron. Pero, ¿cuántos son capaces de comprender la seriedad recta que se oculta tras el gracejo sevillano? Para mí, norteño áspero, rebautizado en la Meseta, fue el aspecto más difícil.

Pero un día tuve algo así como una luz que iluminó mi mente. Habíamos urdido cierta intriga, don Ciriaco Pérez Bustamante y yo —entrañable persona, esta de don Ciriaco—, para dotar a la Universidad de Valladolid de un Departamento de Historia de América, del cual carecía. Y recabamos la ayuda de Florentino porque, más adentro de los canales de la Administración, podía hacer que la gestión tuviese éxito. Y vino Florentino, a la orilla del Cantábrico, frente por frente de la bahía de Santoña. Trazamos nuestros planes, abrimos nuestros argumentos, esbozamos como estrategias de café las ilusiones despertadas. Entonces me di cuenta de que Florentino no estaba pensando en la Historia de América en primer término, sino que volcaba toda su vehemencia espiritual en favor de los americanistas, aquellos investigadores constreñidos por la escasez de plazas y merecedores de una ayuda calurosa. Los conocía a todos y para ellos tenía la frase precisa. Sentí cierta vergüenza; en él estaba el corazón antes que la cabeza. Tal vez por eso he sentido desde entonces inclinación a ayudar al americanismo.

Pasó el tiempo. Un día cayó en mis manos, inesperadamente, uno de los libros de mística más prodigiosos de nuestro siglo. El prólogo era de Florentino. Para mí aparecía entonces una nueva faceta. Jamás le comenté cosa alguna. Pero rebuscando en publicaciones me di cuenta hasta qué punto la fe, esa fe en Dios fuerte y serena que sólo alcanzan la almas grandes, constituía el tronco en torno al cual se ordenaban



Con el autor en la exposición Riancho. 14 febrero 1973.

sus actividades. Comprendí por tanto cómo lo que a algunos parecía desinterés por ciertas cosas era tan sólo el resultado de un orden de valores que hacía que aquéllas no pudieran ser primordiales. Florentino cumplía su deber con tanta sencillez que a veces disfrazaba con bromas el resultado de trabajos serios, arduos, duraderos. Por esos años despachábamos juntos con mucha frecuencia, por la Universidad Internacional y por la Dirección de Bellas Artes. La amistad se hizo entonces tan cordial que debo a él, a sus consejos, a sus opiniones, muchas más cosas de las que podría decir.

Así guardo a Florentino en el recuerdo. No experimento una emoción sentimental, a causa de su muerte, sino una racional veneración hacia lo que él hizo,

las obras que escribió, las personas a quienes ayudó, las palabras que iba regalando. Yo sé que hay gente que no piensa así; por eso quiero ofrecer, en estas breves líneas, un testimonio. Hablamos largamente a solas, algunos meses antes de su fallecimiento. Hablamos, por primera y última vez, de Dios y de la muerte. Y él dio, de pronto, un quiebro, sevillano, en la conversación —«Lo ricamente que se debe estar con Dios»—, interrumpiendo así la seriedad que de ambos podía apoderarse. No volví a verle más. Estuve fuera de Madrid cuando él murió. Quizá haya sido una suerte para mí; en el recuerdo, Florentino sigue siendo la vivacidad alegre de un sembrador de palabras llenas de vigor espiritual. Me han dicho que, entre sus pies, ya cadáver, colocaron una rosa. Símbolo de su alma, que habrá florecido en el Señor.